



ILUSTRACIÓN: DANIEL YÁNEZ

Funeral

María Leonor Baquerizo

Ayer enterré a mi marido. Lo hice picadillo y lo fui guardando por toda la casa. Tomé cada parte y la fui llevando por varios lados, para que no extrañara nada. Siempre fui muy considerada con él. Era medianamente alto y con el pelo muy lacio. Su pelo siempre fue un tema de conversación en las mesas de los tontos. A veces tomaba un tono castaño claro, pero había días en que se lo veía muy oscuro, casi negro.

Lo que más extrañaré serán sus manos. Afuera llovía muy fuerte. Dicen que es el peor aguacero que ha habido desde el 83; ese fue el año que llegó mi amiga de Alemania. El vuelo estaba confirmado para las 23h50. Dejé a mis mellizos con mi hermana y la empleada, y bajé al ritmo del pito del carro que no dejaba de chillar. Era él, solamente él pitaba de esa forma; este rompecabezas se ha estado armando hace más de veinte años.

Ayer llovía de igual forma. El olor a lluvia me gusta.

Primero, lo planifiqué con tres días de anticipación. No es que sea un genio, sino que lo he deseado mucho. La lluvia me gusta y me seduce, así fue cuando lo vi la primera vez, ya hace más de cuarenta años. Lo veía todos los días caminar frente al aula de canto. Las monjas tenían mucho cuidado. Las señoritas como nosotras no podíamos mirar por la ventana, y mucho menos si había algún joven por ahí, decía Sor Rosita, con su vocecita chillona. Sin embargo, oír la cantar era como la lluvia. Cuando lo hacía en la misa, detenía mi mente. Sólo estaba pendiente de su canto, su voz y sus gestos. Más de una vez, intenté, frente a un espejo, hacer lo mismo. Pero no era cuestión de

gesticular aparatosamente. Era voz, melodía y, tal vez, un poco o bastante de oído musical. Aun cuando canto me hacen callar, pero ya estoy vieja y todo me resbala.

Empecé a quedarme sentada frente a él cuando se quedaba dormido. Lo miraba mucho, miraba la posición de su pierna, y quise encontrarle alguna forma conocida, pero tan solo me pareció la de un viejo. Siempre me gustaron las matemáticas y sobre todo la geometría. Todo tenía una forma geométrica y exacta, y ni se diga del orden de las cosas. De esa manera viví mi vida, encontrando formas en las nubes, en el mar, en el horizonte lejano y aparentemente infinito. Como todos, yo también era parte de un show que debía continuar. Miraba su cara y acercaba mi mano, extraño amor el de los seres humanos. Pasé la yema de mis dedos muy suave por sus pestañas, como me gustaba eso. Primero pasaba los dedos y luego los labios muy lento; sentir ese roce me desquiciaba.

En fin, ayer enterré eso. Tuve mucho cuidado de que no se deformaran los ojos. Muchas veces los busqué con los míos. Muchas veces los pesqué muy lejos de mí. Ah, pero nunca como esa vez en la playa. Era el fin de la temporada, la noche era mía, el cielo aparatosamente iluminado, el ruido que hacía el mar, el trago perfecto y todo en aquella perfección que no existe. Éramos seis, dos parejas con hijos, todos los niños dormían en la casa de la tía Paquita, como la llamábamos, sin ser tía de nadie y la de todos; era el sitio perfecto para los niños.

De pronto algo cambió en el tono de su voz. Hablaba más alto y de vez en cuando miraba hacia la izquierda. En el espacio nuestro, con dos hamacas y los troncos cortados como asientos, retumbaba su voz. Busqué sus ojos, traté de seguir su mirada, su sonrisa bobalicona, observaba cómo a veces te vuelves payaso o tonto para llamar la atención. Realmente no entendí al principio, sino después de un buen rato, cuando al pararme me di cuenta de que, en una hamaca, que estaba unos cuatro metros más allá, estaba acostada una mujer, con un pantalón muy pequeño y que, al cruzar las piernas sobre la hamaca, dejaba escapar unos vellos púbicos.

No sé si era joven o vieja, ni fea o bonita. Yo sólo podía mirar los ojos de él. Lo observaba tanto que, por un momento, solo permaneció este hombre más grande, con una voz diferente y con otra cara que, para mí, era desconocida. Hubiese querido que una ola gigante apareciese y se lo llevara, con su voz, con sus ojos lejanos, con todo; no ocurrió, pero yo supe ese día que esa ola iba a llegar. Así que, enterré, con mucho cuidado, esos ojos.

Sus piernas, a pesar del porte, no me dieron mucho trabajo. No eran tan largas, pero estaban muy anchas y pesadas. Hace mucho que habían dejado de avanzar; se quedaron estancadas al igual que él. Me sirvo otro Campari. Me gusta mucho cómo me refresca ese amargo del Campari, ese es el trago que tomo cuando hace calor. Me preparo el primero con jugo de naranja recién exprimido, y tengo la precaución de dejar más jugo preparado. Disfruto mucho cuando bebo un trago. Me gusta el alcohol. Me gusta tanto como los chocolates. Termino el primero y siempre me tengo que tomar un

segundo y luego, un tercero. De ahí en adelante, depende de donde esté, de con quién esté y de lo que vaya a hacer al día siguiente. Esa es la única diferencia con el chocolate. Podría comerlo todo el día, toda la noche, saborearlo, sentirlo, dejar que se derrita en mi boca, tenerlo en mi cartera, para tomarlo cuando me provoque. Con el chocolate siempre permito que la sensación agradable que produce en mí continúe y continúe, qué placer. Es mi tercer Campari; hoy tomaré los que quiera.

Creo que he cumplido con todo lo que a él le hubiera gustado. Espero que me odie menos y esté muy cómodo. Por respeto he guardado, en un cajón bajo llave, toda su música preferida y sus películas, los afiches de su equipo y su jarro amarillo. Donaré su ropa a la iglesia y pintaré mi cuarto de morado. Hoy podaré el césped hasta gastarlo y pediré al jardinero que me siembre rosas, las más grandes, no importa lo grande de sus espinas. Cavaré junto al mango, sacaré una buena cantidad de tierra para depositar algo y luego lo dejaré como estaba. Nunca he tocado ese árbol.

Camino hacia mi máquina y busco una hoja nueva. Me deleito con el sonido ya casi perdido de la máquina manual, y empiezo a escribir mi sueño. Lo voy a contar como si fuera una historia. Hoy enterré mi grito callado y mis lágrimas invisibles.

Me miro al espejo opaco por el cambio, arreglo mi sonrisa y acomodo mis ojos. Afuera hablan, cantan, lloran; menos en la casa de la esquina, la que tiene el lazo negro. De ahí solamente salen lamentos y gritos. Están velando a un ser querido. Curiosa como siempre, entro por la puerta abierta, me acerco a la caja y me doy cuenta de que está vacía.

Ayer enterré a mi marido y me queda la duda si su caja estará vacía.